

La integración juvenil, ¿mito o realidad?*

Franco Marziale

En este informe se analiza la situación de los jóvenes europeos y se examina el fenómeno de la exclusión social. El objetivo de dicho análisis es hallar las causas de la exclusión y examinar cómo puede contribuir a evitar semejante fenómeno la política juvenil. Con este fin, se efectúan algunas recomendaciones para mejorar la situación de los jóvenes en la Europa de nuestros días.

En primer lugar, hay que definir el concepto de juventud. Si se parte de la edad como criterio para definir la juventud, veremos que es de difícil aplicación: por ejemplo, se puede considerar que jóvenes son las personas que tienen entre 12 y 25 años si bien, en ocasiones, también se incluye entre los jóvenes a quienes tienen 35 años. Por ello, es preciso definir como jóvenes a "las personas que pasan de la infancia a la edad adulta". Esta transición de una fase de la vida a otra, que constituye la juventud, es un período de inestabilidad porque los jóvenes buscan su lugar en la sociedad, una identidad y una autonomía tanto en lo social como en lo económico.

Tradicionalmente, este período de la vida se caracterizaba por dos cambios: por una parte, los jóvenes abandonaban la escuela para entrar en el mundo laboral y, por otra, cambiaban de entorno social, abandonando el círculo familiar para procurarse una "nueva familia". En la mayoría de los casos contraían matrimonio e iniciaban la vida en pareja.

No obstante, en numerosos casos esta definición tradicional del concepto de juventud ya no es válida, habida cuenta de los numerosos cambios que se producen en el ámbito de la sociedad, porque las mutaciones económicas y sociales debilitan, en otros términos, la edificación de puntos de referencia y de identidades, a la vez personales y sociales, de los jóvenes. Por este motivo presentamos en primer lugar la sociedad actual para identificar los cambios, las consecuencias positivas y negativas de dichos cambios y en qué medida han afectado a las condiciones y a la forma de vida, así como a la moral de los jóvenes de hoy en día.

Podemos definir el fenómeno de exclusión como el proceso que no permite a los jóvenes integrarse en la sociedad, que los margina y los deja en un estado de frustración que incita a la huida, tanto en el sentido real como en el figurado: como el hecho de abandonar el hogar, la familia e incluso el caer en la drogodependencia o en otras desviaciones. Si queremos comprender con cierto rigor científico el estudio de dicho fenómeno, deberemos proceder al análisis sociológico de las trayectorias de los jóvenes en cuestión para captar en qué momento se produce la ruptura en el proceso de integración. Se trata de hallar cuándo empieza la no identificación de los jóvenes con la sociedad en la que viven, y de analizarlo en un contexto global.

1. La sociedad actual: una sociedad cambiante

En el transcurso de los años, la sociedad europea ha experimentado grandes cambios,

a diferentes niveles, político, social, cultural, económico, etc. Por una parte, se ha construido una Europa unida y ha aparecido un gran mercado europeo, caracterizado por la libre circulación de personas, bienes, capitales y servicios y, al mismo tiempo, el desafío que suponen los nuevos estados democráticos de Europa central y oriental, que deben convertirse en democracias basadas en

* Las opiniones expresadas en este documento corresponden en exclusiva a su autor y no comprometen a la organización a que pertenece.

principios pluralistas, en el respeto de los derechos humanos. En esta parte de Europa, los jóvenes se enfrentan a una situación de inestabilidad, debida a las grandes perturbaciones de la vida social y política así como a los cambios radicales en los ámbitos religioso y cultural, que se precipitaron con la caída de los regímenes comunistas.

No obstante, en comparación a los jóvenes que viven en Europa occidental, ellos se encuentran en una situación "privilegiada", porque tienen la posibilidad de participar en la absoluta reconstrucción de las estructuras sociales de sus países, en la medida en que las estructuras políticas fueron destruidas, mientras que en occidente, las estructuras democráticas y pluralistas se establecieron y funcionan desde hace largo tiempo. Por otra parte, todos estos jóvenes se enfrentan a la construcción de una nueva sociedad, puesto que ahora es preciso asumir las nuevas circunstancias económicas y sociales.

En la actual sociedad europea, se está experimentando un debilitamiento de ciertas instituciones tradicionales, que antaño fueron fuente de modelos de identificación.

El papel de la familia ha experimentado cambios con respecto a la generación anterior. La antigua familia patriarcal, a la vez responsable de la información de los jóvenes, de cierta formación y de la prevención, ha experimentado profundos cambios. Hoy en día existen nuevos tipos de familias: parejas de hecho, monoparentales, reconstituidas, etc., y el número de divorcios es elevado.

El reparto de las funciones en el seno de la familia también ha cambiado, por cuanto las mujeres tienen en la actualidad un proyecto de doble vertiente, a la vez profesional y familiar. La familia ha pasado a ser sincrética, y el objetivo del reparto de responsabilidades entre padre y madre en el seno de la familia a menudo desemboca en fracaso, en la ausencia de un verdadero cabeza de familia. En resumidas cuentas, la figura autoritaria dentro de la familia ha dejado de existir. También la enseñanza ha experimentado profundos cambios en los últimos años. Gracias a

la introducción de la enseñanza obligatoria y gratuita hasta una edad más avanzada, los jóvenes tienen hoy en día más posibilidades que en el pasado de beneficiarse de la formación, incluso aquellos que proceden de familias poco favorecidas o que residen en zonas rurales tienen acceso a los estudios superiores. Con todo, la enseñanza sigue excesivamente centrada en la transmisión de conocimientos y en el éxito, en detrimento de los aspectos educativos. Por añadidura, esta transmisión de conocimientos profesor-alumno ha dejado de aceptarse, por cuanto el alumno ya no acepta una relación de subordinación, ya sea en función de los conocimientos ("Tú te callas porque soy yo el que sabe"), o también de la disciplina ("Tú te callas porque yo soy tu superior"). Si consideramos la disciplina como la mejor forma de comunicación, resulta que en la enseñanza actual la comunicación no existe.

Ahora bien, el aspecto positivo de la enseñanza actual es la puesta en práctica de las políticas que fomentan la plena participación de los jóvenes en la vida escolar y en las actividades extraescolares. Municipios y regiones elaboran proyectos escolares cuyo fin es la integración de los jóvenes en la vida del centro y su participación en las propias instituciones escolares. Dicha participación de alumnos y estudiantes tiene un doble objetivo: permite que influyan en las decisiones relativas a la vida cotidiana y social del centro de enseñanza y, por otra parte, que participen en los órganos que toman las decisiones. De este modo, los representantes de los alumnos y de los estudiantes pueden participar activamente tanto en los contenidos como en los métodos de enseñanza.

En cuanto a la religión, se observa un deterioro de la autenticidad de la experiencia religiosa. La vida religiosa adquiere un verdadero sentido y su razón de ser en el transcurso de la historia, la religión ya no aparece como la representación de Dios a nuestro lado, en ayuda de su pueblo. En la Europa de nuestros días, la religión no es sino una manifestación de la vida privada, un fenómeno que los sociólogos denominan religión

"institucionalizada". En términos generales, la religión tradicional parece perder terreno como punto de referencia en la vida si bien, paralelamente, está surgiendo gran número de nuevas corrientes religiosas que parecen atraer a los jóvenes. Dichas corrientes, fundadas a partir de "comunidades emocionales", a menudo encabezadas por un líder carismático, ofrecen soluciones inmediatas a las necesidades inmediatas de los jóvenes. Las numerosas pseudoreligiones van desarrollándose día a día. Se diría que vamos derechos a una especie de "supermercado de las religiones", en el que cada cual utiliza los ingredientes que precisa para resolver sus problemas o satisfacer sus necesidades espirituales. A falta de toda referencia religiosa, muchos jóvenes se encuentran al acecho de nuevas revelaciones que les permitan acceder a un mayor conocimiento de las cosas, con lo que se sentirán seres plenamente realizados.

Debemos destacar aquí las diferencias existentes entre Europa occidental y oriental: durante mucho tiempo, los jóvenes que vivían en Europa del este se vieron privados de "lo religioso", de lo absoluto. El Partido Comunista les prometía un mundo mejor y más justicia, pero la caída del comunismo cambió la situación. Actualmente los jóvenes ya no van en pos de lo absoluto, en términos ideológicos, que se basa en una sociedad mejor. Puesto que siguen buscando una verdadera ética, optan por lo religioso a través de las Iglesias, con frecuencia incluso de las sectas. No obstante, no puede atribuirse dicha tendencia exclusivamente a los radicales cambios políticos que sobrevinieron en el este, puesto que los jóvenes occidentales parecen tener una actitud abierta hacia nuevas formas de religión.

De hecho, las nuevas generaciones no acaban de aceptar los dogmas y las verdades de las religiones tradicionales en las que no ven una relación causa-efecto con el bienestar, la equidad, la justicia, etc. A menudo, los jóvenes consideran las prácticas religiosas tradicionales demasiado anticuadas, no sólo por la secularización interna de las religiones, sino también por la ausencia de

personalidades carismáticas, o de Ministros de la Iglesia preparados para la comunicación. Así se prefieren optar por religiones de carácter más bien místico y espiritual, incluso por las sectas.

A la vez que se debilitan los antiguos modelos de identificación en la sociedad, también se observa que los jóvenes que llegan a la edad adulta, siempre han buscado una autonomía a diferentes niveles. No obstante, ahora aspiran a ello cada vez más jóvenes, si bien la situación económica les obliga a permanecer en la casa paterna más tiempo que en el pasado (unos 30 años). Si hacemos una comparación histórica partiendo de un modelo tradicional de vida que gira en torno a la actividad profesional, veremos que los jóvenes sólo iban en pos de una vida independiente si que las condiciones necesarias para dicha independencia estaban claramente establecidas y preparadas.

Los jóvenes de hoy en día quieren ser independientes incluso antes de disponer de cierta autonomía económica. Antaño los jóvenes que abandonaban el hogar gozaban de estabilidad sin correr el riesgo de volver a una situación de dependencia, mientras que actualmente la precariedad parece ser la característica de la situación en que viven.

La búsqueda de independencia parece ser el principal motivo por el que los jóvenes desean una amplia autonomía económica. Bajo la influencia de los medios de comunicación, cada vez quieren gastar más y, a menudo, se convierten en una verdadera mina para los publicistas. Incluso los niños se benefician ahora de los créditos, lo que en apariencia les hace más independientes con respecto a sus padres. El consumo parece ser la principal forma de participación de los jóvenes en la sociedad de nuestros días: los modelos que proponen los medios de comunicación son el punto de partida con el que los jóvenes buscan el placer. Dicho comportamiento ha engendrado un nuevo estilo de vida que debía conducir a la ruptura con la moral tradicional, puesto que la relación entre los medios de comunicación y el sector comercial contribuirá a acabar con la autoridad de los padres.

Otro aspecto de este nuevo estilo de vida es la mayor libertad sexual. La evolución de las costumbres, el debilitamiento de la influencia de las Iglesias, la legalización de la contracepción médica y el movimiento feminista son algunos de los factores que han contribuido al desarrollo de un nuevo comportamiento sexual y, en la mayoría de los casos, a la transformación de la actitud de los padres con respecto a dicho fenómeno.

Todos estos cambios han conducido hacia una nueva relación intergeneracional. El debilitamiento de la familia como punto de referencia y la búsqueda de una mayor independencia por parte de los jóvenes ha provocado un cambio radical en las relaciones intergeneracionales. No obstante, cabe señalar cierto despertar de las tendencias contrarias que podrían ser la expresión del abuso o de la excesiva banalización de la vida sexual. Hoy en día se observa una mayor movilidad de los jóvenes, favorecida por el gran número de programas de intercambio y de fondos europeos. Dicha movilidad no sólo permite a los jóvenes vivir una experiencia en el extranjero y aprender idiomas, también contribuye a ampliar horizontes, a evitar los estereotipos y a aumentar la tolerancia, preparando a los jóvenes para vivir en una sociedad intercultural.

No obstante, siguen siendo muchos los obstáculos para la movilidad de los jóvenes. El mayor peligro es que dicha movilidad se convierta en un lujo, destinado a los jóvenes de familias acomodadas o que hayan disfrutado de una buena educación. Dicha tendencia está relacionada con el hecho de que los jóvenes con un nivel de estudios inferior empiezan a trabajar a una edad más temprana y cuando se dispone de menos días libres también son menores las posibilidades de pasar una temporada en el extranjero. Por añadidura, el número de programas de intercambio destinados a los estudiantes y a los jóvenes investigadores es muy superior al que se destina a los jóvenes trabajadores. Es así como la movilidad puede contribuir a crear desigualdades en el mercado laboral, favoreciendo a quienes ya se encuentran en una situación más favorable.

Es conveniente subrayar que la situación de los desempleados es aún más preocupante: deben estar disponibles en el mercado laboral porque para recibir un subsidio de desempleo tienen que presentarse regularmente en las instituciones sociales del país en que residen. Así que quedan excluidos de la posibilidad de viajar al extranjero, incluso en el caso hipotético de que se trate de una estancia con carácter educativo. Por otro lado, siguen existiendo numerosas barreras administrativas, jurídicas y económicas además de una falta de información relativa a las estancias en el extranjero.

En resumidas cuentas, a pesar de los grandes avances que se han realizado a este respecto, la movilidad sigue siendo algo elitista. Cabe mencionar que el Consejo Europeo, junto con la Unión Internacional de Ferrocarriles, ha llevado a cabo un interesante proyecto con el fin de que la movilidad sea posible y esté al alcance de todos los jóvenes, independientemente de su situación económica, social o geográfica o de su nivel educativo o de formación. De hecho, en 1994 se creó un Fondo Especial para promover los proyectos de movilidad destinados a los jóvenes más desfavorecidos.

De este modo, los jóvenes de los países o de las regiones que padecen un marcado retraso económico, que no han podido disfrutar de un apoyo escolar y de una educación completa, los jóvenes de las regiones periféricas o los aprendices destinados a ejercer un oficio que no disponen de los medios suficientes, tienen ahora la posibilidad de obtener billetes gratuitos.

Otro aspecto positivo de la sociedad actual es la mejora del medio humano y natural. En cuanto al primero, existen nuevas formas de solidaridad: un gran número de jóvenes se moviliza para alcanzar sus ideales o participa en tareas humanitarias. Numerosas asociaciones sin ánimo de lucro intervienen para luchar contra el racismo, ayudar a los países del Tercer Mundo, proteger el medio ambiente o llamar la atención sobre la situación de las personas que padecen enfermedades degenerativas, como el cáncer, el SIDA, etc. Se organizan acciones espontáneas para ayudar a las

víctimas de las catástrofes, y un gran número de organizaciones políticas más o menos importantes se unen para ejercer presión sobre los políticos, con el objeto de incitarlos a mejorar la condición humana en el mundo.

En otras palabras, cada vez son más los que aprovechan el tiempo libre para llevar a cabo un proyecto humanitario, político o creativo, lo que supone un mejor empleo del mismo y, por tanto, una contribución a la mejora de la calidad de vida. Es preciso distinguir aquí dos conceptos diferentes, es decir, la expresión de "tiempo libre" y de "ocio": en ambos casos el significado es el mismo, se trata del tiempo de que disponen los jóvenes, entre otros. No obstante, el primer término tiene una connotación negativa, mientras que el segundo transmite un ápice de esperanza; es decir, que el tiempo libre podría "convertirse" en la preparación, el desarrollo y la realización de un proyecto, que puede ser algo tan simple como un proyecto de vacaciones pero no la ociosidad. Por el contrario, la imposición de permanecer ociosos mucho tiempo impide la integración de los jóvenes en la sociedad y puede ser origen de violencia y marginación.

En cuanto al medio natural, también ha experimentado un desarrollo positivo, es decir, se ha concienciado sobre la importancia de la protección de la naturaleza. El número de jóvenes que participa en movimientos ecologistas aumenta constantemente y las políticas nacionales incluyen un gran número de medidas destinadas a favorecer la conservación del medio natural.

Aunque el deterioro del mismo es indiscutible, la preocupación de los jóvenes sobre la importancia del problema de la contaminación, los residuos, la mala calidad del agua y del aire, así como la destrucción de las selvas tropicales está siendo considerada seriamente, por vez primera, puesto que la preocupación por una mejor protección medioambiental forma parte de la forma de vida de las nuevas generaciones.

En el ámbito social debemos remarcar que, en el transcurso de los años, se ha perfilado una mejora de la protección social y ello, gracias a una ampliación de la protección "ratione personae" y

"ratione materiae" que, en algunos países, se traduce en la garantía del salario o de ingresos mínimos. Y aunque hombres y mujeres sigan viviendo en un mundo en el que hay desigualdades, se observa la búsqueda de una mejora en la situación de la mujer así como de un mejor reparto del trabajo entre ambos sexos. En cuanto a los derechos políticos, la situación de los niños progresa en la dirección adecuada, puesto que se han introducido nuevas formas de participación de los mismos en la vida política, así como procedimientos judiciales y administrativos, lo que les permite ser actores a la vez activos y pasivos a nivel local, regional y europeo. En este sentido, resulta útil mencionar la reciente elaboración del Consejo Europeo de la Convención Europea sobre el ejercicio de los derechos del niño. Dicha Convención se aplica a los niños de menos de 18 años y su objetivo es otorgarles derechos legales y facilitarles el ejercicio de los mismos, velando para que puedan, directamente o por medio de otras personas u organismos, recibir información o promover acciones en judiciales ante los tribunales. Del mismo modo, la propuesta de reducir la mayoría de edad, que permitiría que los niños votaran y pudieran ser elegidos a nivel municipal, y votar y ser elegidos en las elecciones nacionales y europeas a la edad de 18 años, recientemente presentada a la Asamblea Parlamentaria del Consejo Europeo por el señor Kollwelter (Luxemburgo), demuestra que realmente existe una voluntad de implicar a niños cada vez más jóvenes en la vida política e institucional. De este modo, su influencia en el proceso de toma de decisiones políticas aumenta tanto más por cuanto se les considera verdaderos socios, que disponen de los mismos derechos que sus mayores. Dicha participación, junto con una gran libertad de expresión y de elección, contribuye al desarrollo del sentimiento de responsabilidad en una sociedad que debe permitir que los jóvenes defiendan sus derechos y que se beneficien de las ventajas que ofrece el sistema democrático y pluralista de nuestra sociedad.

Todas estas mejoras que dotan de personalidad jurídica a los niños a una edad cada vez más temprana, constituyen un gran paso adelante, especialmente en lo que a la democracia respecta y, por añadidura, se justifican plenamente en las situaciones de depauperación que viven algunos niños en el seno de sus familias y de la sociedad.

Otro cambio es el desarrollo de nuevas tecnologías vinculadas a la informática, audiovisuales, electrónica y telecomunicaciones. Los jóvenes tienen hoy acceso a otro tipo de información, objetiva y no orientada, lo que constituye un avance con respecto al pasado. Además, dicha información se facilita con el establecimiento de redes con bases de datos u otros sistemas del tipo Internet, autopistas de la información, E-mail, etc. que les permiten la comunicación inmediata con el mundo entero. La mediatización técnica de la adquisición de conocimientos, cuando se sabe cómo utilizar los medios informáticos, facilita el proceso de aprendizaje. No obstante, los nuevos medios de información y comunicación suscitan numerosas inquietudes: el miedo a la destrucción de puestos de trabajo a causa de la automatización de los servicios, la violación de la vida privada, al auge del individualismo y los delitos "high tech"... También habría que destacar otro aspecto de las nuevas tecnologías, es decir, la importancia de la educación y la formación para que los jóvenes pueden utilizar correctamente las nuevas herramientas informáticas. La invasión de la informática debe ser "digerida" en bloque por las estructuras educativas, pero para ello hay que saber adaptar la educación actual para enseñar a los alumnos a dominar la enorme masa de información disponible en lugar de depender de ella excesivamente. Una educación adecuada en informática para acceder a la información es un nuevo papel que deberá desempeñar la enseñanza en el futuro, y también obliga al profesor a evolucionar cumpliendo con otras funciones (participación en la concepción-realización de programas didácticos, animación de la formación a distancia, etc).

Por otra parte, nuestra sociedad está sumergida en una crisis económica estructural cuyo principal problema es el desempleo, fenómeno que ya no es coyuntural sino estructural, un componente fundamental de la nueva economía. El índice de paro asciende en Europa a cerca del 10% de la población activa, y son los jóvenes las principales víctimas de este fenómeno: en la franja comprendida entre los 15 y los 24 años, tenemos al 15%, entre los cuales abundan especialmente las mujeres jóvenes. Debemos subrayar que el paro no sólo es resultado de la recesión económica de los últimos años, sino también de otros factores, como la mundialización del mercado, las desigualdades de la legislación social, el traslado de empresas e, incluso, el descenso de la mortalidad debido a la mejora de la política sanitaria; si bien algunas estadísticas recientes, principalmente de los países de Europa del este, señalan una inversión de dicha tendencia.

Además, el fenómeno se acentúa con la ausencia de conflictos armados, que antaño causaran millones de víctimas entre los jóvenes, así como por la oleada de emancipación de las mujeres, que también tienen un lugar en el mercado laboral y, en definitiva, por una importante mejora de la protección social en los países desarrollados. Por otro lado, el desarrollo de una política activa de la mano de obra provoca que el número de personas registradas en las oficinas de empleo sea superior, puesto que aún cuando no reciban ayudas en metálico, estas personas son consideradas prioritarias a la hora de contratar. Todos estos factores han contribuido a hinchar las estadísticas sobre el desempleo.

La principal preocupación de los jóvenes es, actualmente, que el número de puestos de trabajo no se corresponde con el de jóvenes que abandonan el sistema educativo aunque, paradójicamente, hayan tenido mejores oportunidades de formación. De hecho, ni siquiera la formación general o profesional más esmerada puede ya protegerlos del paro, que se está convirtiendo en una experiencia social normal.

En nuestra sociedad, todo se desarrolla según una nueva ideología de tipo gestor, y ello va acompañado de la excelencia en los períodos de crecimiento económico o de la exclusión en los de crisis económica. La posibilidad de dejar fácilmente en paro a las personas que trabajan en una empresa flexibiliza la gestión en gran medida, porque cuando todo va bien se contrata y, en el caso contrario, se despide.

Así que los empresarios pueden obtener beneficios incluso en períodos de crisis aumentando la competitividad de sus estructuras de producción por medio de la reducción del número de empleados. Dichos despidos fáciles tienen que ver con que hoy en día se trabaja cada vez más con tres categorías de personal: fijo, asalariado con contratos precarios del tipo de fecha a fecha y, por último, las personas en situación de extrema precariedad que oscilan fácilmente entre la integración y la exclusión. En otras palabras, en lo que al mercado laboral se refiere, los jóvenes se encuentran a la espera de conseguir un empleo o de que mejore la coyuntura.

2. Consecuencias de los cambios sociales y económicos para la juventud

Con frecuencia, el paro implica una larga permanencia de los jóvenes en casa de sus padres y, a menudo, provoca la demora de su integración en la sociedad. Los jóvenes desocupados que todavía viven en la casa paterna siguen soñando, como lo hacían sus antecesores, con la posibilidad de abandonarla y de llevar una vida más independiente, si bien actualmente existe el riesgo de que los padres les "echen" porque también ellos atraviesan dificultades por la falta de perspectivas de una eventual mejora de la situación. El acceso a una vivienda es cada vez más difícil debido al elevado coste de los alquileres, a la obligación de dejar un depósito, a los ingresos garantizados por un empleo estable, etc. En cuanto a los que consiguen encontrar trabajo, la vivienda representa un factor integrador que les

permite ser individuos reconocidos por la sociedad. Prueba de ello es el "nombre escrito en el timbre". Disponer de un "hogar propio" permite la seguridad, la valoración y la fijación de las identidades sociales y personales. En situaciones de transición o inestabilidad económica, psicológica y social, disponer de una vivienda puede permitir, bajo ciertas condiciones, instalarse en ella y desarrollar proyectos. Por el contrario, quienes no disponen de medios económicos quedan excluidos del acto simbólico de acceder al status de autonomía que constituye la vivienda. Del mismo modo el carecer de vivienda o, peor aún, la expulsión de la vivienda por insolvencia, son factores desintegradores que originan la "huida" hacia la ocupación ilegal de viviendas, la marginalidad e, incluso, la desviación. Así es como un joven integrado que constituía un recurso para la sociedad puede convertirse fácilmente en una carga.

En resumidas cuentas, en la sociedad actual coexisten dos fenómenos opuestos: el paro y la búsqueda de la autonomía financiera y social por parte de los jóvenes.

La crisis de los modelos de identificación y la pérdida de valores han provocado la transformación de la sociedad. Actualmente, vivimos en una sociedad de "consumo", en la que lo económico prima sobre lo social, donde todo parece basado en el dinero y, por lo tanto, en la producción, la productividad, los beneficios y la rentabilidad. De hecho, quienes realmente cuentan hoy en día son las personas que producen o que disponen de medios económicos que les permiten el acceso al reconocido status de productor-consumidor. Queda así demostrado que el principal centro de interés entorno al cual giran las personas es el dinero. Los factores estables del pasado dejan paso a nuevos modelos de identificación que, en algunos casos, se basan en añagazas, incluso en la corrupción, en "líos", fraudes y demás.

La consecuencia de esta nueva sociedad es que los jóvenes no quieren embarcarse más que en proyectos a corto plazo, más concretos, y critican los que son demasiado ideológicos. Su

compromiso se limita a la concepción de proyectos de rápida realización, que pueden dominar y que les permitan "comer y dormir", hoy y mañana. Nuestra sociedad queda definida con el lema "cada cual a lo suyo", que favorece a los jóvenes con posibilidades de éxito y de dejar de lado a los demás. Ello permite aumentar las oportunidades individuales pero no ofrece una solución colectiva. No obstante, la consecuencia negativa de esta falta de solidaridad es que el fracaso puede convertirse en fracaso individual frente a otros jóvenes que han tenido éxito en circunstancias semejantes. Mientras que antiguamente, el fracaso del hijo de un obrero se convertía en algo así como el corolario de la pertenencia directa o indirecta a la clase obrera (en aquella época era extremadamente difícil ascender socialmente, es decir, cambiar de clase social), ahora la posibilidad parece muy aleatoria pero existe.

La ausencia de protección social, la penosa situación de numerosos obreros, especialmente de los mineros, les incitaba a luchar juntos: la solidaridad les empujaba a comprometerse en la lucha por un mundo mejor, para permitir la promoción de los valores sociales y colectivos, con vistas a vivir en una sociedad más justa y equitativa. Puesto que se trataba de su proyecto de vida, los jóvenes disfrutaban de una mayor seguridad porque, en función de la clase social a la que pertenecían, la trayectoria de sus "carreras" ya estaba más o menos determinada, lo que en la mayoría de casos se traducía en que los chicos entraban sin demora en la mundo laboral y las muchachas se encargaban a una edad temprana de las tareas domésticas. Lo mismo ocurría con las clases acomodadas, en las que el hijo de un médico acababa siendo médico, el de un banquero, también banquero, etc.

La mejora de la formación de los jóvenes parece ser un aspecto positivo de la sociedad actual, pero debemos matizar la observación afirmando que ni siquiera la mayor duración o cualificación garantizan la integración en la sociedad: la ecuación buenos estudios + buena formación = buen puesto de trabajo no parece seguir siendo válida. De este modo, ni siquiera los buenos

estudiantes tienen asegurado el éxito social. Lo que es peor, incluso se puede suponer que las posibilidades de éxito parecen destinadas a una minoría, es decir, a los que sabrían beneficiarse de ello, sobre todo cuando cuentan con la "técnica" para alcanzar el éxito (empollones). No obstante, los alumnos con problemas escolares pueden aprovechar una segunda oportunidad, que raramente da buen resultado, o sumarse a la categoría de los marginados. En otras palabras, pueden convertirse en la cabeza de turco de la enseñanza obligatoria tradicional. Si esta segunda oportunidad no corresponde a la realidad, debería plantearse otro tipo de formación, incluso la búsqueda de un puesto de trabajo que se adapte a sus necesidades, en lugar de obligarlos a asistir a clase. Por otro lado, actualmente la enseñanza puede acabar excluyendo a los jóvenes no porque no vayan a clase, sino también por el hecho de que se les obligue a asistir.

Todo ello queda agravado por la evolución, excesivamente lenta, de los métodos educativos, que provocan el rechazo a la escuela. Y ello se traduce en un absentismo frecuente, huidas de la escuela que deben interpretarse como verdaderas pérdidas de interés por tal institución.

El sistema educativo debería basarse en el reconocimiento de las capacidades de cada individuo, en la participación de los alumnos y no en un aprendizaje impuesto "ex cathedra", porque lo necesario es una escuela "integradora". La escuela no debe seguir basándose exclusivamente en el conocimiento, sino también en el comportamiento y en los vínculos sociales. De este modo se transforma la estructura de la enseñanza. De hecho, más que un lugar de transmisión de conocimientos, la escuela y la universidad deben convertirse en centros de aprendizaje de la comprensión recíproca, puesto que sólo así puede progresar el intercambio de conocimientos. Serían centros de formación activa y afectiva, capaces de generar actitudes favorables que fomenten la investigación activa, es decir, que excluyan toda actitud dogmática. Por consiguiente, el papel del profesor también

cambia; debe convertirse en verdadero educador, cuya misión es hacer que cada uno de sus alumnos sean los actores de su propia vida, debe desarrollarse el respeto a uno mismo y a los demás, y el sentido de la iniciativa debe favorecer la creatividad y el espíritu de solidaridad. En resumen, el profesor debe hacer que el alumno sea dueño y señor de su propia vida y que se solidarice con los demás.

La puesta en práctica de este principio de la enseñanza resulta favorecida por las técnicas de enseñanza audiovisual, en cualquiera de sus formas, porque éstas, mejor que cualquier otra, "despersonalizan" al profesor-maestro, que se convierte en persona-recurso, y permiten una participación activa de los alumnos ávidos de aprender. Los numerosos instrumentos informáticos son puentes para la transmisión de conocimientos hacia la *construcción* de un conocimiento que ayudan a crear, *en lugar de* la verdad inmanente y trascendente.

Dicho de otro modo, la escuela debe convertirse en una verdadera "escuela de vida", para que contribuya a la mejor integración de los jóvenes en nuestra sociedad. En cuanto a los cambios en el seno de la familia, se observa que los valores tradicionales de esfuerzo y sacrificio de los padres para con los hijos han pasado a ser, en muchos casos, obsoletos, incluso motivo de chanza, mientras que a menudo se valoran las añagazas y la pillería de quienes saben cómo trabajar poco y obtener recursos económicos fácil y rápidamente. A menudo, las disputas familiares ponen a los niños a favor de uno u otro cónyuge y eso en caso de que no sean los propios padres los que, en plena disputa, hagan lo posible por ganarse sus favores. Ocurre que los propios padres llegan a dar ejemplos negativos no buscando la solución en ellos mismos, para lo que deberían hacer un esfuerzo, sino confiándose a un "Deus ex Machina" o a una "pócima mágica" que no exige esfuerzo personal alguno. Ante tales ejemplos, pero también ante sus propios problemas, los niños reproducen fácilmente semejantes comportamientos. Todo ello puede provocar consecuencias graves, como el echar mano de las

drogas, del alcohol o de otros comportamientos desviados o destructores.

Prueba de ello es que, según las estadísticas, la tasa de suicidios es menor que en otros países industrializados en aquellos que han conservado un cierto vínculo social y un modo de vida en el que la familia tradicional no se ha puesto en tela de juicio.

Todo ello no implica que haya que defender la autoridad de antaño, que apenas dejaba un margen de libertad a los jóvenes, ni que debamos desbrozar el camino de vuelta hacia modelos obsoletos (padre padrone). Observamos que hay niños que, debido a la ausencia de proyectos familiares y ante discursos o comportamientos contradictorios, también presentes en la escuela y en la sociedad, viven confusos el momento en que deben construir un futuro basado en valores "seguros". Estos jóvenes tienden entonces a no identificarse con la carrera de sus padres, y consideran demasiado largos, intangibles y socialmente poco rentables los antiguos modelos de proyectos de vida.

Otro fenómeno cada vez más extendido, especialmente en las grandes ciudades, es la violencia y la inseguridad. Observamos un recrudecimiento de los incidentes, incluso de los conflictos armados en las ciudades, y en ciertos lugares periféricos bandas juveniles se enfrentan entre ellas e incluso con la policía, que representa al "orden establecido", lo que hace que dichos barrios sean lugares peligrosos.

Por añadidura, la violencia en la escuela parece ser uno de los principales problemas de la sociedad actual. En parte, esta violencia se deriva de la incapacidad de resolver la crisis económica, de insertar completamente a los jóvenes en la sociedad y de ofrecerles perspectivas de futuro. Se pasan el día en la calle, tienen demasiado tiempo libre, no disponen de suficiente independencia económica como para adquirir lo que desean y la publicidad agrava aún más dicho fenómeno porque los invita a consumir. ¿Pero cómo pueden consumir si no disponen de medios? ¿Cómo consiguen el dinero? Debemos plantearnos estas cuestiones.

Tomemos como ejemplo a los jóvenes que se reúnen a menudo cerca de las grandes superficies comerciales y que, en los momentos de violencia, queman esas mismas estructuras, que consideran el símbolo de su frustración. Como los vigilantes ya les conocen, a menudo no se les permite acceder a los centros comerciales y sufren viendo salir de ellos a los que lo tienen todo, mientras que ellos se encuentran en una situación lamentable. La consecuencia de todos estos cambios es que, actualmente, los jóvenes se identifican poco con una sociedad individualista y competitiva, en la que faltan puntos de referencia estables.

¿Cómo podemos ayudar a limitar, incluso a prevenir, estos casos de exclusión? ¿Qué disposiciones hay que tomar para limitar la violencia que origina la exclusión? Está claro que, para luchar contra la exclusión de los jóvenes, hay que asegurarles una mejor integración en la sociedad, tanto más cuanto serán ellos los actores de los cambios sociales futuros, los innovadores, en cuanto participen en la toma de decisiones políticas sobre la educación, la formación profesional, la ocupación, el marco de vida, la vida cultural etc.

Se nos ofrecen cuatro posibilidades, no alternativas sino complementarias: en primer lugar, la puesta en práctica de nuevas formas de solidaridad; en segundo lugar, un nuevo concepto del trabajo en la sociedad; en tercer lugar, la puesta en práctica de una política juvenil global e integrada; en cuarto lugar, la posibilidad de educar a los jóvenes en la participación por medio de acciones asociativas.

3. Recomendaciones

A) Puesta en práctica de nuevas formas de solidaridad

Una primera solución podría ser el mantenimiento y el desarrollo de la protección social. Para alcanzar una sociedad más igualitaria, y con vistas a evitar el sentimiento de exclusión, la sociedad debe organizarse de forma solidaria, y puede servir de ayuda un sistema de protección social. Uno de los primeros cambios legislativos de

interés para los jóvenes es la modificación de la definición de desempleo. De hecho, la actual definición "Pérdida de ingresos debido a la pérdida involuntaria del salario" excluye a los jóvenes que no han trabajado nunca.

Por lo tanto, éstos quedan excluidos de las ventajas económicas y en especie del sistema de protección. Dependen de la asistencia social y ni siquiera obtienen el mismo nivel de protección. El cambio consistiría en modificar la definición de desempleo, en la que prime la imposibilidad de una persona sana, cualificada y disponible con respecto al mercado laboral, de encontrar un puesto de trabajo. En otras palabras, la mejora del sistema de protección social debe basarse en la igualdad para todos, sin distinción entre quienes ya han trabajado y los que aún no han tenido la posibilidad de hacerlo, como es el caso de tantos jóvenes.

Así que hay que consolidar la solidaridad poniendo en práctica una protección universal de la seguridad social, sin aumentar por ello la carga del sistema con el pago generalizado de un subsidio de desempleo.

Del mismo modo, habrá que favorecer el establecimiento de la igualdad entre las empresas del tipo "labour-intensive" y "capital-intensive", o sea, con gran participación de mano de obra o de capital. Lo cierto es que las empresas cuyo único objetivo es la productividad, no invierten en recursos humanos, sino en las estructuras de producción.

Agrava este sistema el hecho de que en gran número de países europeos los empresarios pagan sus cotizaciones sobre la masa salarial y, por tanto, les resulta más rentable disponer de pocos trabajadores y de más robots. Para salir de esta evolución, habría que reflexionar sobre otras fórmulas de financiación de la carga social que no penalicen a las empresas con una importante mano de obra, pero que favorezca a quienes invierten de forma consecuente en la robotización de las cadenas de producción. Dicho objetivo podría conseguirse instaurando una contribución que se base en el valor añadido, ya sea producido por el hombre o por un robot. De

este modo, la carga social ya no aparecerá como factor de discriminación hacia ciertas empresas. Para que la sociedad sea más solidaria, también podrían plantearse diferentes formas de reparto del empleo. Se considerarían dos posibilidades: en primer lugar, un mecanismo que combine el sistema de jubilación escalonado, que se iniciaría cinco años antes de la edad de jubilación. Dicho sistema podría continuar después de la jubilación y, paralelamente, podría haber un sistema de incorporación progresiva al mundo laboral de los jóvenes que estén concluyendo la etapa de formación.

Pongamos como ejemplo que cada persona en activo redujera progresivamente su tiempo de trabajo en un 10% anual, empezando cinco años antes de la jubilación. El tiempo de trabajo resultante podría ponerse a disposición de los jóvenes que estuvieran estudiando o que no hubieran concluido el período de formación. Es bien sabido que, en muchos países europeos, los jóvenes se quejan de pasar demasiado tiempo en unos centros de enseñanza que no les ofrecen más que formación teórica, lejos de las empresas. Por ello reclaman el derecho de trabajar antes de concluir los estudios, aunque sea a tiempo parcial, para facilitar su progresiva integración en la vida activa.

El sistema que se propone también permitiría poner a disposición de las empresas unos jóvenes con formación tecnológica más moderna, que podrían beneficiarse con la experiencia de los trabajadores que están acabando su vida laboral. En cuanto a éstos, se convertirían en formadores y podrían ofrecer sus conocimientos a los trabajadores del mañana.

Esta política sería fundamentalmente neutra con respecto al problema del empleo, pero presentaría la gran ventaja de permitir, al principio, la inserción de nuevas fuerzas laborales, una cuestión que no debemos descuidar habida cuenta de la actual situación del desempleo, un azote que va en aumento en los principales Estados europeos. Además, una política así de flexible parece adaptarse mejor a las necesidades de nuestra sociedad, en la que resulta imposible distinguir

claramente entre los periodos de vida dedicados a los estudios, al trabajo y a las actividades de ocio. En segundo lugar, podría pensarse en la reducción del tiempo de producción anual. De hecho, en la actualidad, un asalariado trabaja unos 11 meses al año, y las 4 o 5 semanas restantes se dedican a las vacaciones. Habría que estudiar la posibilidad de aumentar este período de uno a tres meses. De este modo, cada cual trabajaría nueve meses al año y dedicaría un mes a las vacaciones y al ocio, un mes al reciclaje o a la actualización de los conocimientos y, el último mes, lo dedicaría a la movilidad para familiarizarse con las técnicas de producción y las estructuras sociales y políticas en otros países.

El trabajar dos meses menos se compensaría parcialmente con un aumento de la productividad, debido al alto nivel de conocimientos profesionales y a una mayor motivación por parte de los empleados. Estos experimentarían entonces un mayor grado de satisfacción en su trabajo y, al disponer de más tiempo, reducirían el actual nivel de absentismo.

Si todas las personas en activo dejaran de trabajar dos meses al año, cada cuatro trabajadores dejarían disponibles unos ocho meses, o lo que es igual: un puesto de trabajo a crear. Las ventajas serían indiscutibles, descendería el número de personas excluidas del mundo laboral, mientras que aumentarían los cotizantes a la Seguridad Social.

Esta posibilidad podría completarse con un año sabático cada 3 o 5 años, que también permitiría desarrollar los puntos expuestos anteriormente sobre los meses de reciclaje y la movilidad.

Otra posible forma de solidaridad sería el desarrollo último de un Estado del bienestar ("Welfare State"). En los próximos años, es probable que un gran número de ciudadanos no consiga estar empleado más de 10 o 15 años, debido al progreso tecnológico. En un desarrollo último del Estado del bienestar, los gobiernos podrían llegar a considerar el trabajo como un servicio civil corto que todos los ciudadanos deberían prestar al Estado.

A cambio de dicho servicio, los gobiernos podrían contribuir a la distribución equitativa de los

ingresos durante toda la vida de los ciudadanos y de acuerdo con las necesidades específicas a cada edad. Se podría disponer de dichos ingresos gracias al dinero que se destina normalmente a las becas de estudios, a las prestaciones por desempleo, enfermedad, vejez, salarios, etc. Asimismo, se conseguiría la igualdad última entre todos los ciudadanos, pero ¡a qué precio!

B) Otro concepto de trabajo en la sociedad

La mejora con respecto a la integración de los jóvenes en la sociedad actual podría depender del propio cambio del concepto de trabajo. Deberíamos otorgarle otro significado a este concepto que, en la actualidad, parece referirse exclusivamente a la productividad y a las ganancias, demostrando que la propia noción de trabajo representa mucho más que la relación trabajo-remuneración.

De hecho, no siempre se trata de trabajo productivo, de ahí la necesidad de demostrar que también son posibles otras formas de trabajo, por ejemplo, el trabajo voluntario. Así que, a falta de un puesto de trabajo, debemos ofrecer a los jóvenes una actividad cuyos méritos en materia de socialización y de cualificaciones sean equivalentes a los de ocupar un puesto de trabajo en una empresa. Por ejemplo, podríamos plantearnos la posibilidad de otorgar un valor económico al servicio voluntario o a la actuación desinteresada de las asociaciones no gubernamentales que prestan su ayuda a la resolución de los problemas sociales, o a la promoción de la calidad de vida. Se trataría de que los jóvenes trabajaran en función de sus capacidades y aspiraciones, para que apreciaran su trabajo y pudieran realizar un proyecto de vida, con lo que el trabajo se convertiría en un factor de identificación. Si consideramos la exclusión como una ausencia de proyecto de vida, la noción misma de trabajo vinculada a la productividad debería ser sustituida por un concepto basado en referencias socioculturales, en términos de calidad de vida.

Podemos mencionar las teorías de Collin Clark, quien observa una transformación de la sociedad a través del paso obligatorio de lo primario hacia lo secundario, y de lo secundario hacia lo terciario. No obstante, no basta con cambiar la noción de trabajo si ese cambio no va acompañado de una mejora de la calidad de vida. Hoy en día, la demografía acusa una tendencia a la baja. De hecho, las parejas tienen menos hijos, y el temor al futuro es un factor que sin duda contribuye a ese fenómeno. Este descenso de la natalidad arruina la protección social, que se basa en los regímenes de reparto, es decir, en las cotizaciones de la población activa. También la demografía influye en la economía en términos de renovación de la infraestructura, porque un niño puede motivar a sus padres a hacer nuevas inversiones, a renovar la empresa, etc. Si no tiene hijos, el empresario puede vender su empresa al llegar a cierta edad, así como sus bienes muebles. La mejora de la calidad de vida repercute en la economía y, por lo tanto, en una sociedad sana y próspera, universo de esperanza para los jóvenes de hoy en día.

C) Una política juvenil global e integrada

Para conseguir una verdadera mejora de la situación de los jóvenes en Europa, debe aplicarse una política juvenil global e integrada. Puesto que se trata de una política global en materia de juventud, admitimos que los jóvenes, aunque parezcan divididos sectorialmente, deben ser tratados en un marco global de una política de integración social y profesional, ya sea local, regional, nacional o europea.

La política global atañe, a la vez, a la situación económica de la juventud, su situación social y cultural, sus posibilidades de acceder a la información y al asesoramiento, a la formación profesional, a los puestos de trabajo, la vivienda, la sanidad, las actividades culturales y el ocio. Sin substituir a la familia y a la escuela, esta política tiene en cuenta la educación, la formación y la orientación y se plantea el objetivo del desarrollo armonioso y equilibrado de los jóvenes en la sociedad.

Esta política global e integrada debería trascender las pequeñas medidas de carácter cosmético que no aportan sino una solución muy modesta a algunas categorías de personas excluidas. Por el contrario, estas medidas deben ser atrevidas e intervenir a nivel legislativo y económico, así como en la organización del trabajo, y siempre deben orientarse de modo positivo.

La política global y la prevención integrada deben combinarse: las instituciones de carácter social, económico, educativo y asociativo deben coordinarse, para que intervengan en un contexto global de personas y servicios e, incluso cuando procedan de diferentes estructuras, públicas, privadas, paraestatales o voluntarias, actúen de forma plenamente integrada y/o coordinada tanto en el plano horizontal como en el vertical. Por integración horizontal entendemos el desarrollo de la colaboración de los servicios y asociaciones socioculturales para los jóvenes; por integración vertical, la organización con que dichas asociaciones y servicios llegan a estar disponibles para los jóvenes.

La integración vertical y horizontal de los servicios y, especialmente, de los servicios de prevención del tipo que fuere, permite la coexistencia de respuestas diversas en función de las necesidades del ciudadano, a quien se toma en consideración tanto en lo que respecta a su evaluación físico-psíquica como a su posición social (estudiante, trabajador, parado, jubilado, etc.).

De todo ello resulta que la interacción funcional y el ulterior desarrollo de la integración y, especialmente, de sus formas complementarias de integración vertical y horizontal, harán posible una integración global de la actuación de todos los servicios existentes, lo que favorecerá la creación o el desarrollo de un sistema de prestaciones equilibrado, dinámico y capaz de adaptarse a las necesidades y a las situaciones de cada usuario. La alianza entre una política global y la prevención integrada subtiende una política de integración social basada en las problemáticas locales situadas en el tiempo, una metodología para detectar las necesidades y las demandas, un sistema de servicios organizados, coordinados

eficazmente, tanto en el plano horizontal como en el vertical, que permita los intercambios positivos, y una flexibilidad que favorezca el enfoque global y pluridisciplinar de los problemas de los jóvenes, considerados tanto de forma individual como colectiva. De este modo, las soluciones basadas en una política global y en la prevención integrada, pueden contribuir a resolver las principales cuestiones de la juventud de nuestros días, tales como la exclusión, el desempleo, la vivienda, el problema del SIDA, etc.

Toda política juvenil global e integrada debería concretarse articulando de forma coherente los sectores de intervención en favor de los jóvenes. Para asegurar la puesta en práctica de esta política, deberíamos insistir en el papel de los Ministros Europeos de la Juventud tanto en conjunto como en cada uno de los países en cuestión: si su principal preocupación son todas las cuestiones relativas a los jóvenes, sus formas de vida, sus valores y su inserción social y profesional. Debemos subrayar que una de sus principales funciones es asegurar la coordinación de las diferentes políticas sectoriales que les atañen.

Dicha política debería desarrollarse tanto en el ámbito regional y nacional como a escala europea. De este modo, es labor de los Ministros europeos coordinar y compatibilizar las políticas que se llevan a cabo en los diversos campos que atañen a los jóvenes, es decir los campos económico, social, político y cultural.

Deben estimular una política integrada que tome en consideración las necesidades de los jóvenes a todos los niveles, que proponga soluciones a los problemas que se plantean y que incite a emprender acciones que resulten más favorables para la juventud. En particular, deberán desarrollar en los próximos años los siguientes objetivos: la promoción del espíritu de iniciativa y de la participación de los jóvenes; la promoción de la movilidad y de los intercambios juveniles; la formación de responsables de organizaciones juveniles y el apoyo a las mismas; la información de los jóvenes y el desarrollo de la investigación y la documentación en el ámbito de la juventud.

La coordinación de las diferentes acciones permitirá la puesta en práctica de una política que ayude a los jóvenes a integrarse más fácilmente en la sociedad y, por lo tanto, a identificarse mejor con la misma, lo que contribuirá a limitar los casos de exclusión social.

Con todo, para asegurar una mejor integración de los jóvenes en la sociedad actual, no hay que actuar para los jóvenes sino con ellos, debemos considerarlos verdaderos socios. En otras palabras, la política juvenil debe basarse en las formas de gestión conjunta o de concertación. Podemos referirnos aquí a la política que lleva a cabo el Consejo Europeo con respecto a la juventud: todas las actividades financiadas o sustentadas por los Centros Europeos de la Juventud y el Fondo Europeo de la Juventud se gestionan conjuntamente con los representantes gubernamentales y los de las organizaciones juveniles.

Ello quiere decir que los jóvenes del Consejo de Dirección también toman decisiones con respecto a dichas actividades y son verdaderos socios. Cuando se efectúan las votaciones los representantes de las organizaciones juveniles y de los gobiernos son iguales en número. Dicho de otro modo, el Consejo Europeo ofrece un ejemplo que se inscribe en los objetivos de su papel político, definido como "favorecedor de la integración, el sustento y el florecimiento del individuo en una sociedad en constante evolución, con la concepción de una estructura sociocultural coordinada, con el objeto de promover un modelo de vida europeo que se base en la preeminencia del derecho, la tradición y la cultura de los pueblos europeos".

D) Participación de los jóvenes en la sociedad

Las medidas políticas únicamente tendrán efecto si los jóvenes también participan en la construcción y el desarrollo de la sociedad. Así que es necesario educarlos en la participación y crear las mayores condiciones de participación a todos los niveles de la vida colectiva, lo que permitirá que se identifiquen con la sociedad actual y se integren en

la misma. La participación ayuda a los jóvenes a ser considerados como recurso más bien que como problema o carga para los padres o para el Estado.

Cuando un joven no se identifica con la sociedad, corre el riesgo de intentar la huida y, aún en el caso de que consiga reintegrarse, con o sin ayuda, si la sociedad sigue siendo la misma volverá a caer fácilmente en el estado anterior. Además, la participación sirve de entrenamiento para la democracia, y el éxito de la integración de los jóvenes, sobre todo como ciudadanos, es vital para el futuro desarrollo de nuestra sociedad. Dicha participación debe empezar en la familia, continuar en la escuela y en la enseñanza extraescolar, en el trabajo y en las actividades sociales y de ocio, y extenderse a cuestiones más generales de interés tanto comunitario como político.

En este contexto, cabe destacar el papel de las asociaciones juveniles, que pueden asegurar el vínculo entre la juventud y las instituciones gubernamentales, en los ámbitos social, cultural, espiritual, económico y político. Pueden ofrecer a los jóvenes la oportunidad de participar en la construcción de su futuro y unir el interés individual y el colectivo propiciando la solidaridad entre sus miembros. Porque la vida asociativa es uno de los crisoles de la participación.

En resumen, favorecer la participación de los jóvenes en la vida colectiva, permitiendo que adquieran una formación con la que podrán ser más activos en la sociedad civil. De este modo, no huirán de la sociedad, sino que ayudarán a transformarla cambiando la vida pública, dando así a su proyecto un nuevo papel a largo plazo, recuperando la esperanza y otorgando una nueva motivación a su actuación.

La información va vinculada a la participación de los jóvenes en la sociedad. Los jóvenes se niegan a recibir informaciones autocráticas que emanen de una u otra jerarquía. Hasta hace poco únicamente la familia, la escuela o incluso las instancias religiosas desempeñaban el papel de red de información, de asesoramiento y prevención.

Actualmente, la familia, aun siendo la principal referencia a ojos de los jóvenes cuando precisan información, no siempre da respuestas satisfactorias a todas estas cuestiones, y ello independientemente del medio al que pertenezca.

Basta con que nos refiramos a la elección que debe hacer el joven con respecto a sus estudios y a su carrera profesional, los trámites, etc. Del mismo modo, la escuela no puede asumir completamente el papel de informador debido a la sobrecarga de los programas, mientras que los tipos de información a dar aumentan constantemente. La mayoría de los países europeos cuentan con redes que responden a la demanda de información; en realidad se trata de verdaderas ventanillas informativas. En la práctica, estos centros aseguran una misión polivalente de información, documentación, prevención y asesoramiento a los jóvenes y tratan todos los temas que les interesan o que conciernen a su vida cotidiana, como la enseñanza, la formación profesional, el trabajo, el ocio, las vacaciones, el deporte. En los centros de información y asesoramiento, el consejero manifiesta una opinión personalizada, es decir, que va acompañada de una evaluación y de sugerencias.

De todos modos, si estos centros constituyen un avance en la información y el asesoramiento para los jóvenes, también debemos afirmar que quienes los visitan ya disponen de una información básica, conocimientos escolares y sanitarios, y también son capaces de dirigirse a un servicio público y además saben formular las preguntas oportunas. Sin embargo, los jóvenes procedentes de medios desfavorecidos o del medio rural no toman la iniciativa de personarse en tales estructuras. Para integrar información y asesoramiento, prevención y educación de los jóvenes en un programa coherente, resulta necesario recurrir a otras estructuras y a nuevas bases de información que se centren en los intereses de los jóvenes. Por ejemplo, podría plantearse la formación de centros de reunión, donde los jóvenes irían a encontrarse, pasar un

rato agradable intercambiando experiencias, donde los precios de las consumiciones estarían al alcance de sus medios.

En dichos centros, los diferentes servicios de información, asesoramiento y prevención se prestarían cuando los jóvenes lo solicitaran, sin ningún tipo de imposición.

Otra contribución a la mejora de la participación de los jóvenes en la sociedad consistiría en un nuevo enfoque de la gestión de los conflictos y de la violencia, a través de la mediación. La mediación es un instrumento que permite resolver los problemas de un modo constructivo, que implica la asunción de responsabilidades por parte de todos, y contribuye a descubrir la capacidad de curarse uno mismo.

La mediación y la formación para la mediación ofrecen una verdadera educación para mejorar la vida cotidiana, llevar mejor nuestras emociones y relaciones. Puede presentar diversas facetas: la mediación intergeneracional, interétnica y entre grupos sociales. Se desarrolla en lo penal, lo educativo y lo social. La mediación penal permite evitar el paso por los tribunales.

En cuanto a la enseñanza, la mediación contribuye a una mejor relación entre profesores y alumnos y permite resolver los conflictos por medio del diálogo, desbloqueando las situaciones de frustración, de incompreensión y de ira, evitando el recurso de la violencia. La mediación social se desarrolla, especialmente, en los llamados barrios sensibilizados y multiculturales. Permite gestionar los conflictos y las diferencias y, gracias al aprendizaje intercultural, puede contribuir a prevenir la intolerancia, el extremismo y el nacionalismo.